

Fray Manuel de Tuya O.P.

La confesión de Pedro en Cesarea y la promesa del poder pontificio.

Mt.16, 13-20 (Mc 8,27-30; Lc 9,18-21)

Los tres sinópticos colocan este episodio encuadrado en otros hechos históricos bastante aproximados. Después de su llegada a Dalmanuta-Magadán, Jesús va a seguir por la Galilea del norte, para internarse en los dominios de la tetarquía de Filipo, el medio hermano de Antipas. Y en donde Pedro proclamará su fe en el Hijo de Dios y recibirá la promesa personal del poder pontificio.

Dada la importancia de este pasaje, que encierra la promesa del poder pontificio, se va a dividir la exposición en dos partes: 1) exégesis del pasaje; 2) el problema crítico de su autenticidad, sobre todo por la omisión de la promesa del poder pontificio en Mc-Lc.

1) EXEGESIS

Jesús, en su ruta por la región de la tetarquía de Filipo, probablemente siguió el curso del Jordán, atravesándolo verosímelmente en su curso anterior, junto al pequeño lago Houleh. Es una llanura de singular fertilidad. La capital de esta tetarquía era Cesarea. Había construido esta ciudad el tetrarca Filipo, dándole el nombre de Cesarea en honor de Augusto. Distaba de Betsaida 40 kilómetros, lo que significa unos dos días de camino. Sobre una gran rocosidad de Cesarea, Herodes el Grande había ya levantado un espléndido templo de mármol blanco en honor de Augusto. Se ha descrito a los apóstoles «allí en medio del camino, mudos de un silencio elocuente, con los ojos fijos en el templo de Augusto, que dominaba sobre la ciudad y la campiña, desde lo alto de la roca» lo. Si estaban en la proximidad de la ciudad, sería muy probable que Jesús hubiese utilizado aquella vista de la roca-templo para exponer la nueva roca sobre la que edificaría su Iglesia. Era el estilo pedagógico de Jesús (Mt 4,18-19). En Cesarea, muy cerca de la ciudad, había una gruta, utilizada por los griegos tres siglos antes de Cristo y dedicada al dios Pan, el Panion, de donde tomó antiguamente el nombre de Panas, nombre que aún se conserva en el nombre árabe de la actual Baniya, miserable villorrio musulmán contiguo a las ruinas de Cesarea.

Evangélicamente, la escena es localizada en «el camino» (Mc), cuando se dirige Jesús con los suyos a la región y aldeas (Mc) de Cesarea de Filipo, y en un lugar (solitario» (Lc), cuando, «estando con él los discípulos» (Lc.), El (hacía oración» (Lc).

Es en este lugar y momento cuando Jesús, dirigiéndose a los discípulos, les hace abiertamente esta pregunta: « ¿Quién dice la gente que soy yo?» Naturalmente, Jesús no ignoraba nada por su conocimiento sobrenatural, pero también lo que pensaba la «gente» de El lo sabía, como los apóstoles, por el rumor popular, por su ciencia «experimental». ¿Por qué les pregunta primeramente a ellos lo que piensan de El las «gentes»? Porque quería que,

expresado esto y volviéndoles a preguntar a ellos, el tono mismo de la pregunta los levantara a más alta opinión acerca de El y no cayeran en la bajeza del sentir de la muchedumbre... Era invitarlos a que concibieran más altos pensamientos sobre El»

La respuesta de los apóstoles se adivina a través de los tres sinópticos, que la refieren casi conjuntamente, vivazmente: unos, lo que decían unas gentes; otros, refiriendo la opinión de otros. Su contacto con las muchedumbres a causa de la predicación y milagros de Jesús les había hecho recibir toda clase de impresiones en torno a esto. Las que recogieron eran éstas: Jesús, para unos, era Juan Bautista, sin duda «resucitado», como sostenía el mismo Antipas. Pues esta opinión había cobrado cuerpo entre el pueblo, ya que Lc mismo dice que Antipas estaba preocupado con la presencia de Jesús, puesto que «algunos decían que era Juan, que había resucitado de entre los muertos» (Lc. 9,7).

Para otros, Jesús era Elías. Lc recoge en otro lugar esta creencia popular. Jesús era, para diversos grupos, «Elías, que había aparecido» (Lc 9,8). Según la estimación popular, Elías no había muerto, y debía venir para manifestar y ungir al Mesías, otros piensan que fuese Jeremías (Mt). El profeta Jeremías era considerado como uno de los grandes protectores del pueblo judío, sobre todo por influjo del libro II de los Macabeos (2,1-12). También en el apócrifo libro IV de Esdras se considera que será enviado como protector del pueblo judío. Sin embargo, esta obra es de origen cristiano.

Por último, sin saber a ciencia cierta quién sea, para muchos era «algún» profeta de los antiguos, que ha resucitado (Lc). Era el poder milagroso de Cristo el que los hacía creer en la resurrección de un muerto (Mt 14,2; Mc 6,14).

No deja de extrañar el que los apóstoles no citen, tomado de la opinión de las gentes, el que El fuese o pudiese ser el Mesías. Pues las gentes habían ya sospechado y aceptado que El fuese el Mesías (Mt 9,27; 12,23; 15,22; Jn 6,14.15). Probablemente el motivo de esta omisión sea debido a la estructura literaria: se quiere destacar la mesianidad de Cristo en un capítulo y confesión aparte, reservado a los apóstoles.

Por eso, después de oír lo que las gentes pensaban de él, se dirige a los apóstoles para preguntarles abiertamente qué es lo que, a estas alturas de su vida y de su contacto de dos años con El, han captado a través de su doctrina, de su conducta, de sus milagros. Era un momento sumamente trascendental. Si no fuera que Jesucristo tenía un conocimiento perfectísimo de todo por su ciencia sobrenatural, se diría que esperaba impaciente la respuesta de sus apóstoles.

Los tres sinópticos no dicen la respuesta que hayan podido tener los apóstoles. Sólo recogen la respuesta que le dirigió Pedro. Todos los detalles se acumulan en la narración de Mt para indicar no sólo la precisión que interesa destacar, sino con ella acusar la solemnidad del momento y la

trascendencia del acto.

Mientras Mc-Lc presentan sin más a Pedro, Mt lo precisa ya de antemano como Simón Pedro. En efecto, Pedro tenía por nombre Simón (Mt 4,18 y par.). En Juan se lee que Jesús, al ver por vez primera a Simón, le anunció que «será llamado Pedro» (Jn 1,42). Ya desde un principio, Jesús puso en Simón la elección para Pedro, para ser «piedra». El conservar aquí los dos nombres es sumamente oportuno.

La confesión de Simón Pedro es expresada así por los tres evangelistas sinópticos:

«Tú eres el Cristo» (ho Jristós) (Mc).

«El Cristo (ton Jristón) de Dios» (Lc).

«Tú eres el Cristo (ho Jristós), el Hijo (ho hyiós) del Dios viviente» (Mt).

Manifiestamente la fórmula transcrita por Mt es más completa, explicitando toda la gran portada divina de la persona de Jesús. La fórmula de Mc-Lc confiesa la mesianidad de Jesús. En ello también coincide la primera parte de la fórmula de Mt. Esta primera parte, en la que aquí se confiesa por Pedro la mesianidad de Jesús, es admitida por todos en virtud de la explicitud de las palabras.

Pero la segunda parte de Mt, en que Pedro proclama que Jesús «es el Hijo de Dios viviente», ¿qué valor tiene? ¿Es un caso de aposición a la primera parte, y con la que se proclama sólo la mesianidad de Jesús? (Jn 1,39). ¿Se proclama en un crescendo la filiación divina? ¿Es una adición o interpretación posterior del evangelista? ¿Por qué, en todo caso, no aparece en Mc-Lc?

Son varios los autores católicos que no admiten aquí más que la confesión de la mesianidad de Jesús. Para ello alegan varias razones.

En primer lugar, Mc-Lc sólo traen la profesión mesiánica de Pedro. Si allí se hubiese proclamado la divinidad de Cristo, ¿por qué no transmitirla también?

Igualmente, Mc-Lc consignan la prohibición que les hace Cristo de que «no digan a nadie» la confesión que Pedro acababa de hacer, compartida por todos, de la mesianidad, que es sólo lo que consignan (Mc 8,30; Lc 9,21; Mt 8,29).

Más aún: en Mateo mismo, después de relatar esta doble confesión de Pedro—el Cristo y el Hijo de Dios—, se dice: «Después encargó a los discípulos que no dijese a nadie que El era el Cristo». ¿Por qué la prohibición no afecta también explícitamente a la divinidad si es que había sido proclamada? (Mt 16,20).

Todo esto toca al problema de crítica literaria, que será abordado después.

La expresión «Tú eres... el Hijo del Dios viviente», que Pedro exclama, es manifiestamente, en la perspectiva literaria de Mt, la confesión de la divinidad de Cristo.

Dalman piensa que la expresión original aramaica de Pedro fue ésta: «Tú eres... el Hijo del Viviente», omitiendo, conforme a la veneración judía, el pronunciar el nombre inefable de Dios. Sin embargo, el sentido, en orden a la valoración del contenido, sería el mismo. El «Viviente» no puede ser otro que Dios, cuyo nombre, por respeto, se omitiría.

Las razones fundamentales que hacen ver que aquí se trata de la divinidad de Cristo, son las siguientes:

1) Ya Lagrange, comentando este pasaje, escribió: «No se probó que Hijo de Dios sea un sinónimo de Mesías, ni incluso en el IV de Esdras». Sin embargo, en los evangelios hay pasajes donde esta expresión parece sinónima de Mesías (Mt 4,36; 12,23; Lc 4,3; Mc 3,11.12; Jn 1,49), a no ser que sean «interpretaciones» posteriores de los evangelistas o de la catequesis primitiva, o posiblemente que no sean estrictamente formas sinónimas de Mesías, sino que con ellas se pretenda indicar una dignidad y protección excepcionales de Dios sobre Jesús (Jn 3,2).

2) Jesús dice que esta confesión de Pedro ha sido por efecto de una revelación del Padre. Pero se comprende mal que el Padre le revele lo que El ya sabe. Y Pedro ya sabía de antes que Jesús era el Mesías.

En efecto, no solamente en el desarrollo literario del evangelio de Mt—narraciones anteriores—, sino que, en la perspectiva real histórica de los hechos, Pedro ya tenía un conocimiento más o menos vago de la divinidad de Cristo, o, al menos, tenía ya la convicción de que El era el Mesías. He aquí los hechos:

a) Ante las innumerables curaciones que hacía, dos ciegos le dirán que les cure, invocándole con el título de «Hijo de David» (Mt 9,25), que era uno de los nombres del Mesías (Mt 21,9; Mc 10,48; Lc. 18,39; cf. Mc 11,10; Jn 12,13). Ante todo este ambiente, ante la proclamación explícita que le hacen de Mesías y ante la rúbrica divina de los milagros, Pedro no podía menos de tener, en primer lugar—y a la primera hora--, la sospecha muy fundada de que Jesús fuese realmente el Mesías. Es lo mismo que oyeron a las turbas después de la primera multiplicación de los panes, cuando, entusiasmados, quisieron proclamarlo «rey» (Jn 6,15). La actitud de los apóstoles debió de ser la misma que la de las turbas o estar a punto de contagiarse de aquel entusiasmo «mesiánico», por lo que Jesús «forzó» a los apóstoles a marcharse (Mt 14,22 y par.) y «disolvió» a las turbas (Mt 14,22 y par.).

b) Pero, además, también habían oído las declaraciones de El diciendo que tenía «poder de perdonar los pecados» (Mt 9,6); que «era dueño del sábado» (Mt 12,8); que era «mayor que el templo» (Mt 12,6). Todo esto, valorado en aquel ambiente, es hablar de dignidad divina, de ser divino. ¿No habían de tener Pedro y los apóstoles, después de dos años de convivencia con Cristo,

un conocimiento o una sospecha siquiera superior de lo que El fuese, y que superase al conocimiento que de él tenían ya las turbas, que después de una primera fase de sospecha de que fuese el Mesías (Mt 12,23) pasaron abiertamente a reconocerlo y querer proclamarlo como el Mesías «Rey»? (Jn 6,15).

A la vista de estos datos y de la confesión de ahora de Pedro se puede razonar presentándose el siguiente dilema: o Pedro hasta esta confesión de Cesarea de Filipo sólo conocía de Cristo que era el Mesías, o había ya percibido una dignidad superior a la humana, divina, aunque más o menos vagamente sospechada.

Si se admite que ya tenía Pedro una seria sospecha de que fuese, aunque vagamente y a su modo consabido, «verdaderamente Hijo de Dios» (Mt 14,33), no extrañaría que en esta confesión de Cesarea de Filipo, debido a una «revelación del Padre», aquella idea vaga se hubiese precisado, clareado y certificado sobrenaturalmente.

Si, por el contrario, se admite que Pedro sólo conocía que Jesús era el Mesías, entonces esta confesión que hace de Jesús como verdadero «Hijo del Dios vivo», sólo se justifica si se admite que sea la confesión de la divinidad de Jesús. Las turbas sabían que Jesús era el Mesías; Pedro sabía que Jesús, por todo lo visto, era el Mesías. Si ahora Jesús reconoce que esta confesión de Pedro es algo excepcionalmente concedido a El por el Padre, algo que es «revelación del Padre» y que hasta aquí no se hizo, ni a Pedro, ni a los otros apóstoles, ni a las turbas, sólo cobra sentido esta «revelación» excepcional si a Pedro se le «revela» lo que no sabe. Pedro sabe que Jesús es Mesías. Por eso, esta «revelación» ha de sobrepasar este conocimiento mesiánico, para hacerle ver que es el «Hijo del Dios viviente», que es verdaderamente Hijo de Dios. Con qué precisión, qué alcance tuviese Pedro de ello, eso depende sólo de la «revelación» hecha, y que, naturalmente, trasciende al análisis exegético.

Por otra parte, ésta es la interpretación de los Padres y de la generalidad de los exegetas católicos.

Y todo esto cobra una nueva valoración al ver que ésta es la intención del evangelista, al encuadrarlo, histórica o literariamente, en este momento, después de los capítulos 11 (v.23-27) y 12 (v. t-14), en donde dejó constancia de la divinidad de Cristo. En el intento de Mtg, al menos, podrá sostenerse que pueda ser una adición complementaria, pero no para confesar la mesianidad, sino la divinidad. Es lo que Mt dice, lo mismo que Mc, en la confesión ante el sanedrín. Son dos momentos de excepcional solemnidad en el intento de Mt.

A la confesión de Pedro va a seguir, rítmicamente, la respuesta de Cristo. San León Magno ha expresado ésta en una fórmula ya clásica: «Como mi Padre te manifestó mi divinidad, así también yo te manifiesto tu dignidad». La respuesta de Cristo tiene dos partes bien marcadas: la primera es una felicitación a Pedro por la «revelación» tenida, y la segunda es la promesa

del poder pontificio.

La felicitación a Pedro. A la confesión de Pedro, Jesús, gozosamente, da el parabién a su apóstol. Jesús proclama a Pedro «bienaventurado»; es la forma usual, *ashereykha*, dichoso tú.

Luego la da la precisión de su nombre y su filiación. Es uso muy judío dar después del nombre de las personas, máxime cuando se quiere fijar bien la precisión y exactitud de la misma, el nombre de su padre, expresado por la palabra *ben*, hijo de, o en la forma aramea, como aquí, *bar* (Is 14; Jer 1,1; Ez 14, etc.).

El nombre primitivo de Pedro era Simón, abreviatura de Simeón, como aparece en numerosos pasajes (Mt 4,18; Mc 1,16; Lc 5,3.8.10; Jn 21,2.3.15-17; Act 15,7.14), y nombre, por otra parte, corrientemente usual.

La expresión «Hijo de Ionas» responde a la forma aramea *bar Yerra*, hijo de Yóna (paloma), nombre no raro en Israel (2 Re 14,25; Jon 1,t). Se pensó por Klostermann, siguiendo a San Jerónimo, si la forma Yona no sería un diminutivo del nombre Yohanan (Juan), ya que, posteriormente, Pedro aparece citado como «Simón, hijo de Juan» (Jn 21,15). Sin embargo, los autores semitistas no suelen admitir este diminutivo del nombre Juan, pues no se encuentra usado como tal. Se piensa que el nombre de <Juan>, patronímico de Simón, siendo filológicamente distinto, pudiera ser «un sobrenombre griego escogido por su semejanza con el verdadero nombre hebreo»

La felicitación de Jesús a Simón es porque esta confesión no se la «reveló» ni «la carne ni la sangre», expresión sumamente frecuente que responde a la forma *basar wadam*, y con la que se expresa, por circunloquio, el hombre, pero en su aspecto de debilidad inherente a su condición humana, máxime en su contraposición a Dios, como en este caso. No fue, pues, comunicación que le hizo ningún hombre (Gal 1,16-17).

Tal era la grandeza de este misterio, que su «revelación» se la hizo su «Padre celestial». Se trata, pues, de un misterio desconocido a Pedro, y un misterio que no podía, sin revelación, ser alcanzado por la «carne y sangre»—el hombre—, como lo había sido ya el hecho de su conocimiento mesiánico.

Promesa del poder pontificio a Pedro. Después de este parabién a Pedro, Jesús pasa a hacerle la gran promesa del pontificado. Jesús, volviéndose a Simón, le dice:

«Tú eres Pedro...». El texto griego de Mt transcribe Pétros. Pero el nombre de «Pétros no existía como nombre propio ni en griego ni en latín... Es, pues, un nombre nuevo que aparece en la historia». Pero Jesús habló en arameo. Y Pétros es palabra griega. Algún autor sostiene que Jesús, aun hablando en arameo, llamó a Simón Pétros. Pero no es creíble que una palabra griega figurase en un original arameo. Y la tradición primitiva prueba lo contrario,

pues llama frecuentemente a Pedro Kefas (1 Cor 1,12; 2,22; 9,5; 15,5; Gal 1,18; 2,9; 11,14), forma aramea de su nuevo nombre. Petros convenía mejor al nombre de un hombre, y pétra al fundamento de una Iglesia. Pero, en arameo, Jesús expresó el nombre simbólico de Simón, como fundamento de la Iglesia, con una misma palabra: Képhá. El testimonio de la tradición primitiva llamando Kefas a Simón lo prueba.

Varios son los elementos que se enseñan en esta promesa a Pedro:

1) Cristo es el que edifica: el fundador de la Iglesia: «mi Iglesia». Jesús aparece siempre consciente de sus poderes y de su dominio. Habló en otras ocasiones de «mis ángeles» (vIt 13,41), de «mi reino» (Mt 16,28), «mi Cena» (Lc 14,24). Es una prueba de su conciencia y de trascendente dominio. Así promete ahora que edificaré «mi Iglesia», que es el reino mesiánico.

2) A estas horas se está sólo en una promesa: «edificaré».

3) La construcción será estable, pues va a ser construida sobre «piedra». No solamente es esto un elemento analógico tomado de las construcciones, sino que el mismo Cristo había enseñado y contrapuesto la casa que estaba «construida sobre piedra», la que no podrían destruir los vendavales que contra ella vinieran, a la casa que se derrumba ante los vendavales y las lluvias, porque estaba «construida sobre arena» (Mt 7,24-27; Lc 6,47-49). La firmeza estable frente a los embates que pudieran destruirla es la enseñanza del Señor. Es lo mismo que más explícitamente se enseñará con la segunda parte, al prometerse que el infierno no podrá contra ella.

Siendo la misma palabra «piedra» (Kepha) la que afecta a Pedro y al fundamento de la Iglesia, la forma de expresarse cobra un fuerte vigor literario. La Iglesia que Jesús «edificará» estará, como todo edificio, construida sobre una «piedra» (Kepha), y esta «piedra» (Kepha) es precisamente Simón.

Simón Pedro es, por tanto, la causa, el sostén de la Iglesia y el que da estabilidad a la misma.

Esto es lo que suponen y a lo que aluden Mc-Lc cuando, omitiendo esta escena de la promesa del poder pontificio, dicen en la elección de los apóstoles que a Simón «puso también el nombre de Pedro» (Mc 3,16; Lc 6,14), lo mismo que el hecho de nombrar a Simón con el nombre de Pedro. Este cambio de nombre no se explica, no se le vería sentido— ¿por qué no se les cambió el nombre a los otros apóstoles?—si no es en función de la realidad que relata Mt.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964, p. 368- 375)